



(EL DE LAS AMAZONAS)

EL portentoso descubrimiento de Colón dió nuevo estímulo en España al anhelo de aventuras de que adolecían sus habitantes desde los tiempos más remotos. Si moderado en parte por el prudente, á la par que patriótico, de dar cima á la obra de la Reconquista cristiana, siete siglos antes comenzada, brotó luego ese afán con más vigor en aquellos corazones, ávidos siempre de cuanto pudiera ofrecerles lo desconocido, riesgos y trabajos por sangrientos y rudos que pudieran ser, y exigir esfuerzos que en otros pasaran por descomunales, verdaderamente extraordinarios.

Aparecían enlazados pero no fundidos aún los dos grandes pueblos que, después de tan larga separación, caminaban á la unidad política de la Península; y mientras Aragón seguía fomentando sus ya seculares intereses en las Dos

Sicilias, y á su conservación y acrecentamiento dedicaría los poderosos recursos de que le dejaban disponer la conquista de Granada y la alianza castellana, las islas recientemente descubiertas en el Golfo antillano y en la próxima costa del nuevo continente occidental atraían á sí fuerzas que, aun cuando de distinta índole, representaban muchas y muy vivas del resto de la Nación.

Porque si no eran las regulares y militarmente organizadas, dirigidas á Italia para combatir á las brillantes con que la Francia pretendía mantener la ocupación del reino de Nápoles, tan larga y reciamente disputada, el número de los que se embarcaban para la isla Española y demás países del seno mejicano crecía con tal rapidez que era necesario irlo dedicando á descubrir nuevas regiones y á explotarlas. Las noticias que cada día llegaban á la Península de la feracidad de aquellas tierras y la clase de riquezas de que venían cargados los que primeramente se habían aventurado á su adquisición en ellas, seducían á los que alcanzaban á verlas y apreciarlas, animándolos á seguir el ejemplo, sin preocuparse poco ni mucho de las fatigas y riesgos que habrían de arrostrar para obtener igual resultado.

Los hubo, de entre ellos, dignos de memoria eterna por sus hazañosas empresas; que si en todos brillaba el valor y, más que el valor, esa osadía que no mide sino las ventajas materiales que puede producir, también aparecieron descollando á gran altura hombres en quienes la ambición se extendía á algo más, á la de adquirir, entre los tesoros de todo género escondidos en el misterio de aquella tierra, el inapreciable de un nombre glorioso, acaso el de la inmortalidad.

Uno de los últimos en la esfera de acción á que nos vamos contrayendo de los más notables descubrimientos en el nuevo continente, fué el nunca olvidado en los fastos de nuestra historia, Francisco Pizarro, de fin tan lamentable cuando ya había conseguido escalar la cumbre de la más elevada autoridad en las opulentas regiones sometidas por su férreo brazo. No mozo ya, había ido con Vasco Núñez de Balboa, extremeño como él, á su expedición al mar del Sur, desde cuya ribera descubrió la existencia de una costa, brava sí, pero dilatada y haciendo presumir tierras favorecidas por el sol del Ecuador y regadas por las nieves, al licuarse, de la cordillera que, más encumbrada á cada paso, veía perderse en las nubes y el vacío de las distancias. No feliz en sus primeras temeridades por aquel litoral preñado de obstáculos, supo, sin embargo, adivinar en él, aunque de muy lejos todavía, campo donde ejercer su febril actividad y dar satisfacción á sus apetitos de oro y de grandezas. Por Cortés, á quien había conocido en Cuba, y por otros de los aventureros que allí pululaban, comprendió que la corriente principal de la emigración se dirigía al Norte, fuese que convidara á ella la facilidad de las comunicaciones por el mar de las Antillas, fuese que en el rumbo opuesto el clima, haciéndose más y más ardiente, ofreciera obstáculos mayores para quienes acababan de abandonar el fresco y saludable de España.

Todo eso estimuló á Pizarro á preferir el camino opuesto al de la mayoría de los demás emigrantes, con lo que se propuso explotar sin rivalidades ni estorbos un

desconocido que, en vez de arredrarle, atraíale con fuerza irresistible y le aguijoneaba con sus mismos misterios á romper el velo que pudiera encubrirlo. Y después de dos viajes á cual más desastrosos, aunque coronados por el conocimiento del país que buscaba; llena así la cabeza de planes los más temerarios, y el corazón de ambiciones, á cual también más halagüeñas, volvió á España para, socorrido y ayudado de Cortés, el héroe feliz de la conquista de Méjico, obtener del Emperador la licencia de descubrir y gobernar tierras que suponía ricas por encima de todo encarecimiento; con lo que y presentándose de nuevo en la costa del Pacífico, acometía en 1531 la sumisión del vasto y poderoso imperio de los Incas.

No nos toca sacar á plaza en este escrito los trabajos que con muy pocos de sus camaradas hubo Pizarro de sobrellevar, los riesgos que correr y las batallas que refir con enemigos que no carecían de medios que cierto grado de cultura, no esperado, habría de darles para resistirle, siquier no fueran todo lo potentes que los europeos, llevados allí por su adversario. Bástanos ahora con decir que en el año de 1532 era Pizarro dueño absoluto del Perú, cuyos soberanos hizo desaparecer del trono con insólita crueldad y artes las más abominables, y que, aumentando sus fuerzas desde que se divulgaron sus éxitos, se puso inmediatamente á someter las provincias que, por lo apartadas del Cuzco, su centro de operaciones, parecían deberse escapar en mucho tiempo á las violencias y rapiñas de los españoles, sus secuaces.

Impone pasmo á las inteligencias más claras y terror al corazón de temple más fuerte el recuerdo de la hazaña de Pizarro; y los episodios con que supo avalorarla son para hacer de aquel hombre uno de los más insignes en su clase cuya memoria nos hayan legado, mejor que la historia, las tradiciones de las más remotas edades. El personalismo ibérico, transmitido de una en otra á las generaciones sucesivas hasta la nuestra, es tan sólo capaz de inspirar la audacia extraordinaria que reveló el hijo insigne de Trujillo en las varias ocasiones que le sorprendieron en su temerario empeño, lo mismo en las dos primeras, ilustradas con su conducta en las islas del Gallo y de la Puna, que en la tercera y última al romper desde la Gorgona su marcha al campo de Atahualpa por lo más encumbrado de los Andes. Pero sobre toda ponderación, sobre cuanto puede imaginarse de más arrojado y tocando ya á las fronteras de una temeridad, sólo disculpable por el éxito y sólo explicada por su imitación á otra no menos célebre de Cortés en Méjico, está el acto de Pizarro en Caxamalca al apoderarse del soberano Inca y destruir ó dispersar todo su, al parecer, formidable ejército.

Dueño, con éso, del Perú y asegurado el dominio del Imperio todo, que luego se vería ensangrentado por la guerra civil entre los conquistadores que, como españoles, no habían de mantener oculto allí ni en parte alguna el vicio ingénito de su raza, devorada siempre por el cáncer incurable de las discordias, Pizarro, libre de su colaborador Almagro, se dedicó á la colonización de tan vasto y hermoso país y al aprovechamiento de las inmensas riquezas que, como en las entrañas de la tierra, contenía en su superficie, exuberante de cuantos productos puede ofrecer la natura-

leza más espléndida. En ese trabajo de administración entró el pensamiento de extenderla al descubrimiento de los territorios colindantes con el Perú; y mientras dirigía al de Chile á Pedro de Valdivia, su maestro de campo y amigo en la lucha civil recién acabada, enviaba su hermano Gonzalo al gobierno de Quito para visitar la *tierra de la Canela*, de cuyas riquezas se tenían las noticias más halagadoras para la insaciable codicia de los conquistadores.

Era Gonzalo Pizarro hombre de prendas sobresalientes para la guerra, cuyo oficio había emprendido desde muy joven; y con su gallarda figura y aire franco se atraía las voluntades de cuantos estaba llamado á mandar. Su parentesco con el Conquistador, los servicios que acababa de prestarle y la misión de su nuevo cargo, dábanle, además del prestigio necesario para desempeñarla satisfactoriamente, un brillo que, augurándole los destinos más importantes en la colonia, llevaría á su lado á muchos de los que, ó por recién llegados ó por no satisfechos todavía en sus esperanzas de lucro, aspiraban á saciarlas en otras expediciones al interior inexplorado de aquel vastísimo continente.

Entre esos hombres se distinguía Francisco de Orellana, nacido en el mismo pueblo de los Pizarros, devoto suyo y que, como tal, si les había ayudado resueltamente con su brazo en la conquista y en sus diferencias con Almagro, había, por su parte, obtenido no pocas ventajas y, sobre todo, una fortuna considerable. Hallábase, pues, al partir Gonzalo para Quito, de capitán teniente gobernador de la ciudad de Santiago, conquistada por él y, como la villa nueva de Puerto Viejo, poblada, á su costa y riesgo, con gentes que había llevado, con muchos de quienes se ofreció ahora á su protector á pesar del gasto inmenso que hacía suponer tal resolución y que generosamente satisfizo de su propio peculio. Recibiólo Pizarro con el agasajo que es de suponer, sin aguardarle, por éso, hasta su vuelta de Santiago, de donde le había de llevar los refuerzos que le prometiera y los dineros para mantenerlos. No tardó, sin embargo, en juntársele con el anhelo de tomar parte en una expedición de que, sin saberlo ni presumirlo siquiera, habría de ser el héroe, por esos caprichos de la fortuna que, como ciega, no mide sus propios azares ni se interesa por el aplauso ó el castigo de quienes, mal ó bien, se aprovechan de ellos.

Y ya nos tiene el lector en el que debiera ser punto de partida para la narración que estamos llamados á ofrecerle y que, de seguro, le parecerá tardía ya y, como tal, larga y enojosa.

Situada la ciudad de Quito, aunque á tan extraordinaria altura, la de 2.900 metros sobre el nivel del mar, en la vertiente occidental de los Andes, era todavía preciso á los expedicionarios ganar la divisoria de aquella inmensa cordillera para avistar la vasta cuenca donde tienen su origen los innumerables ríos, entonces desconocidos, que bajan por las faldas opuestas hasta perderse en los remotos horizontes del Oriente en la América meridional. Lo áspero del terreno hasta ganar las cumbres, dominadas á su vez por el Cotopaxi, el Pichincha, el Chimborazo y otros gigantes de la tierra vomitando fuego ó cubiertos eternamente de nieve, tenía que hacer lenta la

marcha, retardada también por las frecuentes variaciones de temperatura que allí se sienten y lo inmenso del convoy, indispensable para aventurarse en las salvajes regiones á que se dirigían. No se engolfan 4.000 hombres, de que 300 peones españoles y 150 de á caballo, en territorios que no podía abrazar la vista, aun desde tales alturas, ni la imaginación, por el total desconocimiento que se tenía de ellos, no se engolfan, repetimos, sin grandes preparativos y muchos víveres; y su jefe no se descuidó en éso, haciéndose seguir de muchos indios cargados con los equipajes y municiones de boca y guerra, así como de una piara de cerdos, innumerables si ha de creerse á los cronistas de la jónada.

La primera parte de ésta no debía ofrecer dificultades, conocido ya el terreno por ser del dominio de los Incas, bastante cultivado y recorrido no hacía mucho en la lucha de los hermanos Huascar y Atahualpa, de cuyo padre, el heroico Huayna-Capac, había sido la residencia favorita. Los obstáculos se encontrarían al otro lado de la cordillera, á cuyo descenso, con efecto, comenzaron á presentarse en tanto número y de tal naturaleza que pronto harían ver la dificultad de dominarlos. Si en lo alto era frío el aire, en las cañadas y valles de la vertiente oriental el sol, cayendo verticalmente sobre los capacetes y armaduras de los aventureros españoles, los abrumaba de calor con sus abrasadores rayos; creciendo también la fatiga con la sorpresa de un espantoso terremoto que hizo conmoverse hasta en sus pétreas bases las más altas montañas por cuyo pie transitaban. No era aquélla, con todo eso, gente que se dejara dominar por el pavor ni aun cuando pudieran infundirlo á otras los golpes y rugidos de naturaleza tan extraña á la nuestra; así es que continuó la marcha á aquel desconocido, adornado por la fantasía con las noticias de una riqueza, más soñada que vista por nadie. Y en efecto, después de meses y meses, de los que cada día se iba mostrando más y más sombrío por el cansancio de marcha tan accidentada, la falta, ya sensible, de recursos y la pérdida de las risueñas esperanzas concebidas, llegó á su colmo el desencanto al pisar la tan ansiada *tierra de la Canela*, feracísima, exuberante de las especias que la daban nombre y fama, inexplorable, sin embargo, para sus nuevos descubridores y para todo el mundo hasta otra, todavía muy remota, época. ¿Qué habían conseguido con el espectáculo de los frondosos é intrincados bosques de árboles cuyo producto podría ofrecer, efectivamente, la riqueza que tan alto se pregonaba pero que era más que difícil extraer de aquel desierto puesto á tal distancia y cortado por torrentes, ríos y pantanos imposibles entonces de salvar con carga tan pesada?

Pero al desencanto se añadía otro motivo de decepción y aún de desánimo. *Las Canelas* señalaba, como el objeto, el término también de la jornada impuesta á Gonzalo y sus gentes. ¿Se volverían á Quito para dar cuenta á su jefe y noticia á sus compatriotas de tan estéril reconocimiento? Una voz había corrido entre los expedicionarios, transmitida por los indios del país, la de que á distancia no más larga que la de diez días de marcha hallarían tierra más poblada y, sobre todo, abundante en oro, el fruto codiciado de quienes al parecer no estaban satisfechos del recogido en

el Perú y particularmente de los tesoros que debieron servir al rescate del infeliz Atahualpa.

«Adelante», pues, dijeron, más temerosos de las burlas de sus camaradas que de los riesgos que correrían en el piélago infinito de sábanas y selvas en que iban á comprometerse sin otro guía que el sol y las hiperbólicas ó mentirosas noticias que les daban los habitantes, procurando se alejasen de su país unos hombres que no dejaban en pos sino la desolación y el espanto. Y como si por un efecto de espejismo vieran siempre levantarse á su frente los montes de oro que se les había anunciado, andaban y andaban días y días, y semanas tras semanas, abriéndose paso, hacha en mano, por los espesísimos bosques de árboles, tan gigantes como nunca se habían visto, ó á través de ríos, cuyas cataratas ponían miedo al corazón con su espumosa corriente y tremebundo ruido. Pero ya no era dable retroceder y menos detenerse: habíanse acabado los víveres, que en gran cantidad abandonaron también sus conductores, de que no pocos habían muerto de fatiga ó huído; los cerdos, no devorados en tanto tiempo de escaseces y hasta de hambre, se escapaban al cruzar las selvas, y los perros que, con la experiencia de lo sucedido en la isla Española, se llevaban para repeler á los indios y aprisionarlos, fueron comidos al fin cual manjar que luego no podría sustituirse más que con yerbas, raíces, sapos ó culebras.

Así llegaron nuestros compatriotas al Napo, cuyo cauce hubieron de atravesar por un puente improvisado en lo más estrecho de su curso; pero, no encontrando en la orilla izquierda ni más luz ni otros recursos, decidió Pizarro buscarlos por otro medio, construyendo un barco que explorase las dos márgenes y le proporcionara la luz y los recursos con que salvar situación tan desesperada. El bosque dió las maderas necesarias; las herraduras de los caballos muertos ó devorados sirvieron para hacer clavos; con la goma de los árboles se substituyó la brea que, envolviendo los trapos, que ya no eran otra cosa los vestidos de la gente española, sirvió para calafatear la nave, única esperanza de todos. Era necesario tripularla, y Pizarro eligió cincuenta de entre los suyos, dándoles por capitán á Francisco de Orellana. ¿Á quién habría de fiar el que iba á ser instrumento de su salvación sino á su convecino, á aquel que por su noble linaje, las prendas que había revelado en la conquista y las deudas de gratitud á sus protectores, que acababan de elevarle y enriquecerle, tenía la mayor obligación de serles leal en circunstancias tan críticas? El bergantín, además, debía no separarse mucho, con objeto de que en los pasos difíciles, que se presentaban á cada momento, pudieran los peones trasladarse al barco para luego volver á tierra.

El país continuaba mostrándose, como hasta allí, salvaje y despoblado, sin ofrecer otros motivos de esperanza que alguna vaga noticia de que más adelante, siempre más adelante, se encontrarían los cultivados y ricos en oro y piedras preciosas. Pero ya no había quedado en el campo de los expedicionarios ni el menor rastro de comestibles; el último perro y el último caballo habían sido devorados, hasta faltaban, para comer, los cueros de las sillas de montar, los cinturones y vainas de las espadas,

y había que tomar una determinación verdaderamente heroica en trance tan doloroso y tremendo. Pizarro creyó que esa resolución no podía ser otra que la de adelantar el bergantín en busca de tierra donde pudiera hacerse de algunos víveres con que volver al encuentro de los españoles que, entretanto, seguirían la marcha para ir acortando las distancias al ya urgentísimo socorro.

No bien la flamante nave se halló en medio del Napo cuando, arrastrada por la corriente, desaparecía á la vista de Pizarro entre la bruma de las aguas y el follaje que cubría las márgenes del río; y Orellana, nueve días después, desembocaba en otro más caudaloso, á más de cien leguas de su punto de partida. Aquel río es el Marañón que, saliendo de la laguna de Lauricocha en los Andes, corre, primero, al Norte entre la cordillera y un estribo suyo paralelo, como tantos otros en ella y en todas las del mundo, para después dirigirse al Este recogiendo las muchas corrientes, algunas navegables como el Napo, que riegan la vastísima cuenca que dijimos podía avistarse desde las inmediaciones de Quito. El país allí se mostraba más abierto con la afluencia de tantos y tan caudalosos ríos, y más poblado por cuanto esa misma circunstancia lo hacía más fácil á la agricultura, á la comunicación de las tribus que lo habitaban y aún al relativo comercio que cupiera en ellas. Pero, por lo mismo, esas tribus tenían ya intereses que defender, y aunque sorprendidas con el espectáculo de una nave, tanto más misteriosa y temible cuanto que la veían tripulada por gentes del todo desconocidas y extrañas por su figura, su color y los arreos y armas que llevaban, se mostraron desde luego recelosas y amenazadoras, impidiendo á los españoles el desembarco y negándoles su ayuda y provisiones. Sólo sorprendiendo algún punto de la orilla, cupo hacerse con algunas subsistencias, suficientes apenas para los tripulantes del bergantín; y de ahí y de la imposibilidad de remontar el Napo, de corriente tan rápida como había observado y comprobaba con lo veloz del descenso de su nave por ella, se resolvió Orellana á consultar con sus compañeros la resolución que debiera entonces tomarse ¹.

Con esos precedentes no cabía otra que la de desembarcar y dirigirse en busca de sus camaradas para unir su suerte á la de ellos, ó permanecer en aquel sitio hasta que llegaran; pero Orellana comprendió que en tan larga distancia como la que había recorrido por el Napo, iba á hacerse muy difícil su encuentro con Pizarro y se hallaría sin recurso alguno ni alimento en la marcha; como que, de continuar al ancla, concluirían los indios de la ribera por perder la admiración y el miedo que les inspiraba entonces. Y ¿qué hacer? Después de larga discusión y de medir en lo posible los peligros

¹ Hasta aquí nos hemos valido para esta narración de los datos mismos de que Prescott en su *Historia de la Conquista del Perú*; los que ofrecen el Inca Garcilaso en su *Comentario Real*, Zárate, Oviedo, Herrera, Pizarro y Orellana y otros que, á raíz de aquellos sucesos, ó poco después se propusieron transmitirlos á la posteridad. De aquí en adelante nos servirá de guía el manuscrito, existente en la Academia de la Historia, de Fr. Gaspar de Carvajal, *vicario*, como dice el distinguido americanista Sr. Jiménez de la Espada, y *cómplice* de Orellana, que da las noticias más detalladas de aquella expedición. ¡Lástima que le falten cuatro folios. Esto, por supuesto, comparándolo con otros, existentes en esa misma biblioteca, y con el *Viaje de Teixeira* y las *Noticias auténticas* etc. de los jesuitas, que acaba de publicar el ilustre académico que hemos citado.

que correrían al poner por obra cualquiera de ambos proyectos, Orellana y los suyos, él desechando los escrúpulos que pudiera abrigar sobre su falta de lealtad para con Pizarro, y sus consejeros y camaradas huyendo los trabajos y privaciones que habían sufrido y dejándose también llevar del que consideraban ya como su hado en jornada tan temeraria, decidieron arrostrarlo.

Ese acuerdo fué por entonces anatematizado, como era de suponer, en el Perú y obtuvo, por el contrario, la aprobación real en España, pero ha merecido siempre las más contradictorias interpretaciones; elogios, de una parte, exagerados, ó censuras, por otra, las más apasionadas y amargas. Quien dé fe á Hernando Pizarro en los *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, tendrá la resolución de Orellana por *una de las mayores maldades que de ese género sucedieron en aquella tierra*, según dice en su tan conocido libro, en el que le acusa de *faltar en la confianza á su deudo, capitán y amigo*. Quien, de otro lado, se detenga á reflexionar sobre los términos en que después se le hizo la real concesión que luego recordaremos, disculpará un ejemplo que no puede tomarse como de indisciplina desde que la necesidad, al aconsejarlo, le hizo producir resultados tan espléndidos ¹.

El bergantín, suficiente para el objeto á que se había destinado, no lo era desde que hubiera de lanzarse á la navegación de río tan anchuroso, de caudal tan abundante y de límites y término completamente desconocidos. Penetrados los tripulantes del bergantín de la necesidad de construir otro mayor y más sólido, se improvisó en punto inmediato y donde los indios se mostraban mejor dispuestos, uno como arsenal en que se hizo una buena corta de maderas; y con 2.000 clavos, forjados en un fondadero anterior, y algodón y pez que pudieron recogerse en el país inmediato, un Diego Mexía lanzaba al agua á los 35 días un barco capaz de resistir el oleaje que ya se hacía observar en el río por lo anchuroso que era y azotado de los vientos. No por eso abandonó Orellana el primero que podría aún contribuir á la común defensa y al aprovisionamiento de todos, porque pronto comenzaron á comprender la necesidad de aperebirse para aquélla y acudir con todo género de precauciones y estratagemas para procurarse víveres que les costaría mil sacrificios obtener.

Junto al Napo y en el trayecto hasta el Putumayó, quizás, que Orellana conoció ser también de dilatada y rápida corriente por lo turbio de sus aguas y los troncos de árboles que arrastraba, el audaz argonauta halló á los habitantes de la margen

¹ Para Gonzalo Pizarro, ueron capaces de introducir el desmayo en el corazón más fuerte; no apoderándose del suyo, porque, como dice un historiador de aquellos sucesos, entonces fué cuando se pusieron de manifiesto en todo su brillo las cualidades de nuestro ilustre compatriota como jefe el más á propósito para casos, como aquél, desesperados y de peligro. Después de una arenga, tan halagadora como enérgica, á sus gentes, emprendió la vuelta á Quito por otro camino del que había llevado y que consideraba más corto y expedito, pero en que hubo de padecer también hambre, sed, cuantas penalidades pueden concebirse, superiores á las anteriormente sufridas. Pocos, pues, y produciendo la conmiseración más honda en cuantos los habían visto partir á su triste jornada, entraban en Quito un año después de su separación de Orellana, escuálidos, sin otras vestiduras que las pieles de los animales que habían logrado matar en su marcha, y ofreciendo el aspecto de seres más salvajes que los que esperaban llevar en su séquito como muestra de los países recorridos y de las conquistas hechas, el de espantables y fantásticos espectros en triste y providencial peregrinación.

izquierda dispuestos en su favor, recibiendo de ellos mantenimientos que consistían en perdices, parecidas á las de España, grandes tortugas, como *adargas*, dice el P. Gaspar, y peces de distintas clases. Había llegado á entablar relaciones de amistad con sus caciques, los poderosos Aparía é Irimara, al primero de quienes pretendió convertir al cristianismo iniciándole en algunos de sus misterios por medio de los dos sacerdotes que conducía en su bergantín, á la vez que manifestándose como emisario de un gran Emperador, de quien era criado y vasallo, señor de todas aquellas Indias. Hasta obtuvo el consentimiento de establecer en el campo de sus conferencias una gran cruz de madera que los indios no se resistían á visitar respetuosamente, puesto que los españoles, como hijos del Sol y seres, por consiguiente, de naturaleza sobrehumana, *celestial*, la consideraban como símbolo de su eterna salvación. Tan satisfecho estaba Orellana de su estancia, que se decidió á celebrar allí la cuaresma de 1541, haciéndolo con una confesión general, sermones y cuantos trabajos espirituales discurren sus dos capellanes. Mientras tanto, adquiría noticias del país, entre las que las más curiosas fueron la de la existencia de uno próximo, habitado por amazonas, calificadas de *coniapuyara* (grandes señoras), cuyo número era tal, se le dijo, que ahogaría al pequeño de nuestros compatriotas; así como la de otro pueblo también en que los naturales eran gigantes, cuatro de los cuales se presentaron, con efecto, en el campo español, blancos, con cabelleras hasta la cintura, deseando conocer á los misteriosos extranjeros cuya fama había llegado hasta su tribu. Los españoles, por encargo de Orellana, se mostraban muy conciliadores y generosos, rechazando el oro y las alhajas que se les ofrecía, con lo que se les daba más, y no pretendiendo sino lo indispensable para mantenerse; todo á fin de que, al volver, como esperaban, para la conquista de aquellos territorios, no mantuvieran los indios sospecha alguna de sus intenciones y ulteriores proyectos.

Pero desde entonces la navegación fué haciéndose penosa y más y más comprometida. Era el 24 de Abril del año poco ha citado cuando, después de algunos días de grande escasez por la actitud hostil de los naturales que impedían á los españoles desembarcar y abastecerse de víveres, se trabó un combate con ellos que se mantuvo por espacio de ochenta leguas, incesante y, por lo tanto, sangriento y abrumador. La superficie del río se cubrió de canoas completamente tripuladas por indios que con un valor verdaderamente extraordinario arrostraban el fuego de nuestros arcabuces y ballestas, relevándose sin cesar hombres y canoas según se iban los bergantines alejando de sus territorios y estancias. Los españoles no tuvieron un momento de descanso durante aquella interminable batalla, conocida entre ellos por el nombre de la de *Machiparó*, y ni aún la noche les daba el respiro indispensable para reparar sus fuerzas y seguir combatiendo al amanecer del día siguiente. Indecibles son los esfuerzos que hubieron de hacer los compañeros de Orellana para impedir el abordaje de los indios que, no pudiendo conformarse con la idea de que se les escaparan los barcos enemigos, seguían su estela bloqueándolos y hostilizándolos sin cesar. Muchos de los españoles fueron heridos; y sólo su estancia, aunque corta, en una fortaleza

que conquistaron al verse libres de sus perseguidores de Machiparó, fortaleza abundante en bizcochos de maíz y yuca, sirvió para que se repusieran de las fatigas pasadas y el susto consiguiente. Al embarcarse después, el día de la Ascensión, se presentó á su vista el río Yupurá ó Caqueta, á que pusieron el nombre de la Trinidad por las tres islas que formaba en su desembocadura, cubiertas como las orillas próximas de varias poblaciones, rodeadas á su vez de la más exuberante y bien explotada vegetación. Parecía como si al crecer en caudal el río en que navegaban los españoles, tan anchuroso ya que desde una de las márgenes no se distinguía la otra, crecían también éstas en población, en riqueza y cultura, ofreciendo, aunque no el modo de entenderse con los habitantes como hasta entonces, un espíritu de concordia y hospitalidad, también hasta entonces excepcional en alguna que otra tribu de las ribereñas. Ya que las pláticas se hacían ininteligibles, el espectáculo de ídolos gigantes que revelaban la idea de principios religiosos, el de la plata y el oro labrado con muy superior habilidad, y el de casas de recreo donde brillaban vajillas de loza, tan fina, según los descubridores, como la de Málaga y con esmaltes y otros adornos muy notables, les hicieron formar un alto concepto de la tierra de Omagua, á que pertenecía aquel distrito, y de la del cacique Piguana, cuyos súbditos parecían más numerosos aún y cultos.

Desde allí y el lunes de Pascua, un ligero combate con las canoas de un poblado que se distinguía en la orilla, *vicioso*, esto es, abundante en frutos, deleitable, puso á nuestros compatriotas de manifiesto que volvían á comprometerse en regiones belicosas en las que habrían de arrostrar hambres y peligros como los nunca olvidados de meses anteriores. Allí se notó por el color oscuro de las aguas la entrada en el río principal de otro tan caudaloso casi como él, á quien, al descubrirlo, pusieron el nombre de Negro que conserva todavía. Y tan negro como el color de sus aguas se les ofreció el aspecto de sus orillas, cubiertas de fortalezas hechas de troncos de árboles, y el de sus arrogantes y fieros moradores.

Como era necesario comer, se hizo imprescindible el tomar algunas de aquellas fortificaciones desde las que les fuera dable adquirir víveres; y, al conquistarlas, pudieron los de Orellana admirar su magnificencia, ya que parecían adoratorios del Sol por la forma de su fábrica, á la que servían de sustentáculo enormes y bien labrados leones, y por sus adornos de plumas y flores de los matices más raros. Los españoles penetraron así, ya que no en el misterioso solar de las Amazonas, en tierra tributaria de aquellas *Grandes Señoras*, cuya figura, valor, fuerza y extraña manera de vivir tanto se les había ponderado en su jornada. En la cuna de las Amazonas entrarían quince días más tarde, el 20 de Junio, después de observar las bocas del río Grande, el Madeira de ahora, por considerarlo equivocadamente más caudaloso que el surcado hasta entonces por sus bergantines, después también de haber resistido un asalto nocturno en un poblado inmediato á la orilla donde hicieron buena provisión de comestibles, y de haber presenciado un espectáculo que les recordaría su patria, el de unas picotas coronadas de otras tantas cabezas de malhechores.

La primera vez que Orellana vió á las celebradas guerreras cuya memoria, fabulosa ó no, ha dado nombre al río que le cupo en suerte reconocer, fué el día de San Juan Bautista, en que se dió otra gran batalla al desembarcar los españoles en busca también de víveres. No formaban la masa que presentó el enemigo, no, eran diez ó doce que de mensajeras, como habían ido, para estimular á los indios contra los extranjeros violadores de su territorio, se hicieron, como los emisarios romanos en Clusio, sus guías y capitanes para la pelea. Esta fué ruda como ninguna de las anteriores; pues aunque los arcabuces metían gran pavor en los indios, no así en las Amazonas que aparecieron á su cabeza armadas de palos, con los que afligían y á veces mataban á sus espantadizos conmlitones. Los españoles no habían visto cosa igual en su lucha con los peruanos, ni contado tantas bajas relativamente, siendo herido Fr. Gaspar que exhortaba á sus camaradas y feligreses en lo más azaroso de la refriega. Pocos días después, volvía á serlo el buen padre, autor del diario de aquella navegación; y entonces en un ojo, que perdió para siempre, al golpe de una de las flechas que las Amazonas disparaban con tal fuerza que las hacían penetrar en los costados del bergantín harto hondos, según nuestro cronista, admirador, á lo visto, de sus implacables enemigas. El mismo las describe luego así: «Estas mujeres, dice, son muy altas y blancas y tienen el cabello muy largo y entrecruzado y rebuelto á la cabeza: son muy membrudas, andaban desnudas en cueros y atapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos haciendo tanta guerra como diez Indios, y en verdad que hubo muchas destas que metieron un palmo de flecha por uno de los bergantines y otras menos que parecían nuestros bergantines Puerco espín.» Por su intérprete, un indio que se había aficionado á los nuestros, supo Orellana que las Amazonas tenían una reina, llamada Coroni, que gobernaba en pueblos de casas, templos y fortalezas de piedra, comunicándose por espaciosos caminos que recorrían, para objetos comerciales, llamas, camellos y elefantes, domesticados sin duda por las sin par sagaces y valientes habitadoras de tan feliz comarca, para cuya ineludible repoblación se valían de medios y recursos tan crueles como peregrinos.

Aun cuando hubo Orellana de afrontar todavía no pocos peligros, grandes contrariedades y pérdidas de compañeros, más y más queridos según se iba acercando el fin de la jornada, llevaba ya recorridas 1.500 leguas, sentíase la marea anunciando la vecindad del mar y, aunque bastante deteriorados y padecidos los bergantines, todavía aparentaban fortaleza y condiciones maríneas para dar cabo feliz á su misión. Sólo un grave percance podría frustrar esperanzas tan halagüeñas; y aunque una de las naves tuvo el tarco roto en un trónculo oculto en las aguas, y hubo luego de perderse la primera y más pequeña al salir á la mar, la segunda fondeaba por Agosto en la isla de Cubayna y la nueva ciudad de Cádiz, para, desde allí, trasladarse Orellana con sus camaradas al antiguo emporio del mismo nombre en su patria.

El velo que cubría la inmensa región oriental del Perú estaba roto y del único modo que podía satisfacer, por el pronto, al ansia de descubrimientos que se había

apoderado del mundo á raíz del maravilloso, verdaderamente providencial de Cristóbal Colón. La Europa se mostraba atónita ante resultados tan admirables y envidiosa del fruto copiosísimo que empezó España á recoger desde el primer momento, puede decirse, de la aparición de las Antillas y la Tierra firme allá en los horizontes más remotos del mar que los antiguos denominaban de las Tinieblas. Otro Nuevo Mundo, como ha llamado un P. jesuíta á esa región descubierta por Orellana, se agregaba á las conquistas de Cortés y de Pizarro, y el Imperio de Carlos V, tan poderoso ya en el viejo continente, se extendía por el Ocaso hasta alcanzar proporciones que lo harían sobrepasar á los más vastos y renombrados de la antigüedad. Y todo por obra de un genio, cuyos cálculos, aun entrañando un error nada de extrañar en el estado de los conocimientos cosmográficos de su tiempo, dieron á la humanidad el de tierras del todo desconocidas y ni siquiera presumibles científicamente, y á España gloria imperecedera, que un puñado de sus hijos hicieron luego fructuosa con el temple de sus corazones y el talento de sus caudillos.

Orellana, el menor de ellos hasta sus días, había conseguido, á fuerza de una voluntad inspirada en móviles que se han censurado exageradamente por algunos, patrióticos, por lo menos, en sus resultados, recorrer ó rasgar, como antes dijimos, el velo que encubría á los ojos y á la ignorancia de los conquistadores del Perú extensión tan vasta como la que se desarrollaba al pie de los Andes, cuyas cumbres y faldas occidentales habían recientemente conquistado; y á pesar de tamaña distancia como la recorrida por su improvisada y débil nave, arrostrando peligros de todo género, suscitados, ya por la naturaleza, ya por los hombres, y salvándolos con una fortuna verdaderamente inverosímil, había dado cima á una empresa que sólo la ocasión menos esperada y, por encima de todo, la necesidad y el espíritu de conservación pudieron inspirarle.

Cien episodios, á cual más interesantes, interrumpieron, mejor diríamos, ilustraron su navegación. Ya, al intentar el aviso á Gonzalo Pizarro de su forzada resolución en la boca del Napo, había tenido que sostener una lucha con sus camaradas que se resistieron á llevarlo; ya veía morir de hambre á algunos de sus hombres más débiles ó menos animosos que los demás y desaparecer dos de las canoas con sus tripulantes que el acaso, tan sólo, le devolvería; ya, como en Machiparó, se le acababan las fuerzas para vencer el cansancio, el insomnio, el hambre por fin en jornada que parecía inacabable. Hasta las consejas, todas fantásticas, que escuchaba en boca de sus á veces taimados enemigos, los augurios, mal traducidos, de aves que parecían no quererle abandonar en su marcha, y los anuncios, ésos verdaderos, que le proporcionaban la corriente del río, sus inflexiones y crecimiento de las aguas, la marea misma, respecto á la distancia á que debiera hallarse el tan deseado Océano; todo eso y más, cuyo recuerdo no cabe en escrito de la índole de éste, debió colmar el corazón de Orellana de zozobras, dudas y decepciones que sólo su entereza de ánimo, la idea de su deber, la ambición acaso, lograron resistir con fortuna.

Pero, en cambio, le cupo, además del homenaje tributado á su valor en España

y la corte imperial, la gloria de dar por mucho tiempo nombre al mayor río del mundo. «Porque si, como se dice en la relación del *Viaje del capitán Pedro Texeira*, recientemente publicada por el ya citado académico Jiménez de la Espada, el Ganges riega toda la India, y por caudaloso oscurece el mar cuando desagua en él, haciéndole que se llame *Sinus Gangeticus*, y por otro nombre golfo de Bengala; si el Éufrates, por río caudaloso de la Siria y parte de la Persia, es las delicias de aquellos reinos; si el Nilo riega la mayor parte de África, fecundándola con sus corrientes, el río de las Amazonas riega más extendidos reinos, fecunda más vegas, sustenta más hombres, aumenta con sus aguas á más caudalosos océanos; sólo le falta para vencerlos en felicidad, tener su origen en el Paraíso, como de aquellos ríos afirman gravísimos autores que lo tuvieron.»

Un historiador moderno, Cesar Cantú, dice á su vez: «Este es el río más grande del mundo porque desde su nacimiento á treinta leguas de Lima, atraviesa casi todo el continente meridional en una longitud de mil y cien leguas, recibiendo el tributo de otros doscientos ríos, algunos de ellos más caudalosos que el Danubio. Á doscientas cincuenta leguas de su embocadura se deja sentir el efecto de la marea que en los días próximos de la luna llena y de la nueva, viniendo á luchar con las aguas que bajan, produce el terrible fenómeno conocido con el nombre de porroca (barra)».

En cuanto á los nombres con que hasta ahora se ha conocido al Amazonas, son varios y diferentes. El primero parece haber sido el de *Santa María de la Mar Dulce*, impuéstole, al descubrirse su entrada en el Océano, el año de 1501; conocióse después por el de *Río de Quito*, y aun de *San Francisco de Quito*, suponiendo su origen junto aquella ciudad ecuatorial; diósele más el de Marañón de caudal superior; pero la jornada que acabamos de narrar le impuso el de su navegante *Orellana*, hasta que, pasados algunos años, fueron la envidia y la ingratitud confundiéndolo con el de las *Amazonas*, provocado por la misma relación de nuestro insigne compatriota respecto á los habitantes de las regiones que bañan y recorren sus aguas.

La fábula, no de las Amazonas, sino de su manera de ser, de su organización y autonomía, pudiéramos decir, llamó extraordinariamente la atención; y de accidentes quizás como el de la batalla en que las vió Orellana, poco diversos de los en que se presentaron al enemigo las mujeres en los grandes ejércitos y pueblos emigrantes de la antigüedad, y el valor y entereza varonil que hicieron lucir en Sagunto y Jerusalén, como en la edad actual las de Zaragoza y Gerona, se ha querido formar una leyenda, que no otra cosa queda desde las concienzudas investigaciones de nuestros misioneros del siglo xvii.

Pero ¿qué más?: sobre esta suerte de consejas, ahí está la relación de Pigafetta, el compañero de Magallanes, que dice en la de su *Primer viaje*: «Nuestro viejo piloto nos contaba otras cosas extraordinarias. Nos decía que en una isla llamada Occoloro, en la grande Java, sólo se encuentran mujeres, cuyo seno fecundiza el viento. Si dan á luz un varón, lo matan, y si es hembra la crían (lo mismo

dice el Padre Gaspar de Carvajal); si algún hombre llega á poner los pies en su isla lo matan también cuando pueden».

Otro tanto ha sucedido con las tribus imaginarias de gigantes, las de los enanos y aun las de los que tenían los pies al revés, dando lugar á anécdotas y versiones, tan destituidas de razón como de verdad. Lo extraordinario del viaje de Orellana y las exageraciones á que, al volver á España, se entregaron él y sus camaradas en los relatos que hicieron de las maravillas que habían visto y los trabajos pasados en tan larga navegación, la dieron un carácter de tan pasmoso acontecimiento en países sumidos todavía en las tinieblas del más profundo misterio, que no es extraño se crearan opiniones tan extravagantes y hasta absurdas ¹.

¹ Orellana que, según ya indicamos, obtuvo una real concesión para volver al río por él descubierto á conquistar para España el territorio que recorre, llegó, con efecto, en 1549 á darse á la mar en Sanlúcar de Barrameda con cuatro navíos redondos y 400 hombres que los tripularan. Ya tuvo que detenerse tres meses en Tenerife y dos en Cabo Verde, donde se le murieron 98 de sus compañeros y se le quedaron 50, azotados del tifus y otras enfermedades infecciosas. También se le perdió, dado de través, uno de sus barcos, como poco después otro en su derrota al Brasil. Sin embargo, logró ponerse á la boca del río; y buscando su brazo principal, que él creía reconocer, se separó de Pero Sánchez que, muy adentro ya, hubo también de volverse, acogiéndose después de muchos trabajos á la isla Margarita. Allí encontró Pero Sánchez á la mujer de Orellana que le dijo cómo no hallando el paso que buscaba, viendo caer á su lado muchos de los que le acompañaban, flechados por los indios de las islas que hay en la entrada del río, y con la enfermedad, que también adquirió, y la pena, había muerto días antes en sus brazos.

JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE.

